

Capítulo IX

El último indio

LA violenta situación en que al final del capítulo precedente dejamos á Xochitl y al anciano padre de Gonzalo duró tan sólo un leve instante.

El drama comenzado no debía ni podía proseguir.

Era un enredo de amores, grandes, santos y puros: de esos que se desenlazan en un raudal de conmovedoras lágrimas.

Como siempre ha sucedido, sucede y sucederá, el amor paternal, el mayor de los amores humanos, fué el primero en revelarse saliendo en dulcísimo llanto á los ojos del viejo soldado.

Y al distinguir en ellos la primera lágrima Xochitl, arrojando el arma lejos de sí, se lanzó abiertos los brazos en los del soldado que la estrechó sollozante contra su pecho.

—¡Perdón, hija mía, perdón!—exclamó cuando pudo hablar:—¡perdóname á nombre de Gonzalo!

—¡Ah! ¡padre mio!—contestó la jóven;—soy indigna

de él, pues me atrevi á amenazarte. Pero tanto le amo, que aun de tí quise salvarle. Pero ya no querrás hacerle perecer, ¿no es cierto, padre mio? Ya le amas tanto como á tu patria, ¿es verdad?... Ya no quieres salvar á ésta perdiendo á tu hijo; ¡dilo, dilo pronto, pues la duda rompe en pedazos mi corazón y me siento capaz de darme la muerte!

—¡Voto á quince mil de á caballo!—exclamó el viejo militar casi ahogado por los sollozos;—no vuelvas á decirme que deseas la muerte, porque soy capaz de dártela entre mis brazos y con la sola arma de mi cariño. ¡Por Santiago de España! que vales, hija mía, más oro que lo que pesas. ¡Vive Dios que en cien corazones juntos no cabría la mitad del amor que el tuyo contiene! Si yo no adorase á mi hijo como por el hecho de serlo le adoro, te adoraría aunque no fuese más que por lo que tú le adoras. Pero vamos á ver; ¿crees capaz á un padre de sacrificar á su propio hijo?

—¡Por qué no?—observó imperturbable Xochitl.

—¡Eso dices!

—Acatl me dió la vida como tú se la diste á Gonzalo, y él mismo me entregó á Ixtaolzín para que fuese sacrificada.

—¡Vive Dios que sólo porque tú me lo cuentas lo creo; pero ó tu padre estaba loco ó no hallo cómo explicarme tal acción.

—Nada sin embargo más fácil.

—¡Eso dices?

—Sí, puesto que como tú amaba á su patria.

—¡Por Cristo, que casi me has convencido!

—Y bien,—añadió la joven lanzando relámpagos de ira de sus hermosos ojos negros:—sí para vosotros los

hombres la patria es lo primero, para nosotras las mujeres lo primero es el corazón. ¿Sientes al tuyo capaz de acompañarme?

—¿Adónde?

—Puesto que la proposición que te hice fué la de acompañarme, deberías haber respondido que sí.

—Tienes razón: sí te acompañaré. ¿Pero adónde?

—¿Adónde ha de ser sino á salvar á Gonzalo?

—Vamos, guía, te digo.

La jóven echó á andar incontinenti, siguiéndola el anciano, que lo era, solo por sus canas y arrugas, no porque le faltasen seguridad y rapidéz en el paso.

Muy cerca del medio día, el padre y la amada de Gonzalo, trepaban no sin grandes tropiezos y dificultades por las ásperas y pedregosas pendientes del cerro de Tepeyac.

El soldado español no podía por menos de admirarse de la seguridad y fortaleza que Xochitl demostraba en aquella ruda ascensión.

—Hija mía,—dijole:—¿no hay en este monte una senda menos incómoda que seguir?

—Estamos en la única practicable,—contestó Xochitl con naturalidad.

—¿Con quince mil de á caballo! ¿á esto llamas practicable?

—Sí, porque los obstáculos con que vamos tropezando son obra del hombre que ni aun en esto puede superar á la naturaleza. Por cualquiera otro lado del cerro sólo encontraríamos precipicios.

—No te comprendo bien, porque á la verdad si tú no fueses por delante, y con tu ejemplo no me estimularas, ¡vive Dios! que yo no daría un paso más.

—Pues cree lo que te digo: sólo por donde te guio puede llegarse á la cima del cerro. Estamos, como te he dicho, en la única senda practicable, obstruida por los indios de modo de borrar su rastro á los ojos de los españoles.

En aquel momento la joven dejó de hablar y se detuvo.

—¿Qué sucede?—preguntó el viejo soldado.

—Silencio, ó nuestra muerte es segura: sígueme lo más rápido que puedas. Allí, en aquel matorral hay un pozo seco de una profundidad de dos cuerpos de hombre. A él, ó nos perderemos inútilmente.

Algunos instantes después los dos valerosos expedicionarios se ocultaban en el socobón designado por Xochitl, y defendido por los raquiticos arbustos que cubrían la entrada, observaban sin peligro alguno un grupo de indígenas que descendía por la misma llamada senda que momentos antes habían ellos dejado.

Cuando volvieron á tomarla para seguir su difícil ascensión distinguieron á buena distancia á los indígenas saltando como gansos por la falda del cerro.

Media hora después, tan difícil era su acceso, llegaron el padre y la amada de Gonzalo á un grupo de peñascos de enorme volúmen que el soldado juzgó infranqueables, al menos para Xochitl.

—Estamos á unos cuantos pasos del calabozo de Gonzalo,—dijo la joven con visible emoción. Estos peñascos defienden y ocultan la entrada del templo subterráneo de Tonantzin, la diosa á la cual debi yo de haber sido sacrificada. Ayúdame á trepar sobre ellos, y una vez que lo haya conseguido ocúltate, pero de modo que no pueda sospecharse tu presencia aquí, porque por este

mismo sitio van á salir cuantos en este momento guardan y defienden el teocalli.

—¿Y he de dejarte sola á la hora del mayor peligro?

—Ninguno hay para mí. Ixtaolzín, el único hombre cuyo odio feroz puedo temer, no está en el templo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él era quien iba á la cabeza del grupo de que poco há nos ocultamos.

—Bien está: en este caso sólo me cumple obedecerte.

—Ayúdame á preparar sobre estos peñascos.

—El soldado puso sus manos á modo de estribo y la joven apoyó en ellas uno de sus pequeños y delicados pies calzado con unas bien tejidas sandalias de pita de maguay, sujetas al tobillo con cintas rojas de algodón.

Después la imprimió un fuerte impulso y Xochitl saltó sobre los peñascos, ligera como una gacela.

—Ocúltate, —dijo y desapareció.

Según la joven lo había dicho poco tiempo después de haber ella salvado los peñascos, fueron saltando por ellos como unos cien indios con sus armas indígenas.

Esta operación fué más larga de lo que la hubiera querido el soldado español, al cual devoraba la impaciencia, en el seguro escondite que había logrado encontrar.

¿Qué había hecho Xochitl mientras tanto?

Valida del conocimiento que tenía de la conspiración, por haber asistido á la última junta del templo mayor, como ya dejamos dicho, y sabiendo como sabía que Ixtaolzín ya no estaba allí, supuso una orden del sacerdote para que todos los hombres capaces de tomar las armas salieran á unirsele inmediatamente.

Sin duda que en aquellos guerreros era muy grande

el odio que abrigaban contra los españoles, pues sin aguardar más informes, sobre la realidad de la supuesta misión de Xochitl, tomaron sus armas y salieron del recinto del templo aun sin esperar el permiso de su jefe, que lo era el joven príncipe Tezomotli.

Este salió del interior del templo al escuchar las voces de guerra y cuando ya todos sus soldados habían desaparecido.

A preguntar iba la causa de lo que estaba sucediendo, cuando de pronto retrocedió lanzando una terrible imprecación al hallarse frente á frente de Xochitl.

Esta, que tampoco aguardaba aquel encuentro, dió un grito de terror y cayó postrada á los pies del príncipe.

—¡Tú aquí, traidora á tu patria y á tus dioses!—Exclamó;—¡desventurada! ¡tu destino te trae de un modo irremediable á la piedra de los sacrificios de Toci!

—Nada me importa y como tú creo también en la fatalidad de mi destino,—dame pues esa muerte horrible á la cual me entregaste en el palacio del rey tu padre, pero caiga sólo sobre mí tu rencor injusto, muy injusto, Tezomotli, y en cambio de la mía concédeme la vida de Gonzalo. Tú que tanto amaste á tu padre, no me negarás este favor cuando sepas que al pié de esos peñascos el suyo espera á Gonzalo. Por tu padre, Tezomotli, por tu padre que fué el único en no dar crédito al vengativo Ixtaolzín, dame la vida de Gonzalo y toma la mía, pero tómala cuanto antes, porque me siento morir de felicidad al pensar que con ella salvo la suya.

—¡Tanto le amas!—exclamó enternecido el noble príncipe.

—Si, Tezomotli, le amo como jamás creí que pudiese amarse á un enemigo.

—¡Y bien, Xochitl, no es menor la simpatía que á mí inspira el joven español! Sabedor de que Ixtaolzín saldría hoy de aquí todo desde anoche lo dispuse, y hace un instante salía del templo después de haberle obligado á disfrazarse con el traje de uno de nuestros guerreros. Sé á lo que me expongo con el terrible Ixtaolzín, pero todo mi riesgo desprecio por tal de salvarle. Libre voy pues á entregártele, pero huye de aquí y al punto con él, por que si la reflexión viene á mí, no sé, no puedo responder de lo que será de vosotros.

Xochitl no supo qué responder ni qué observar á tan extraordinaria y grandiosa salida del príncipe, quien, sin esperar respuesta, desapareció de la entrada del templo para volver á salir un momento después con Gonzalo disfrazado de un modo tan perfecto que á no saber que era él, Xochitl misma no le hubiera conocido.

Unas cuantas palabras bastaron para explicar á Gonzalo la situación, pero á estas cuantas palabras siguió una larga escena en que rivalizaron en nobleza de alma la joven india, el valiente español y el nobilísimo príncipe.

Xochitl no quería dejar á Tezomoti, y otro tanto pretendió Gonzalo, pero él se negó á seguirlos.

—Aun queda un resto de patria,—contestó,—y estoy obligado á morir en él.

Nada pudo conseguirse.

Xochitl y Gonzalo pretendieron no ser menos dignos y perecer con él.

—Sería un inútil sacrificio,—observó Tezomoti:—yo no puedo morir mientras, como os digo, tengo alguna esperanza de reconquistar mi patria, tampoco podría libraros una vez más del odio de Ixtaolzín, ambos si él

volviese seriais irremediamente sacrificados. Más me conviene que viváis, si como me lo temo, todos nuestros esfuerzos para restablecer el trono de mis padres fuesen inútiles, yo podría tal vez necesitar de vosotros, para hacer menos dura mi esclavitud. Vivid, pues, aunque no sea más que por mí, que, os lo juro, os amo con todo mi corazón.

Mientras esto pasaba en el recinto del templo de Toci, el padre de Gonzalo se desesperaba con la tardanza de Xochitl.

¿Qué podía haberle sucedido?

¿La habrían descubierto y muerto?

No era probable.

Según la joven lo había dicho, los guerreros mexicanos habían salido del templo.

El silencio en su interior era grande: pocas, quizá ninguna gente debía haber quedado en él.

¿Habría encontrado muerto á Gonzalo?

No era posible.

Al menos así lo creía el anciano soldado.

Era el padre de Gonzalo, y un padre todo puede creer menos que, viviendo él, pueda haber muerto su hijo.

De pronto hirió sus oídos el eco de un disparo de arma de fuego.

A este disparo sucedieron otros y otros, una multitud en fin.

—¡Ah!—exclamó entonces el soldado;—sí, no me cabe duda; los mexicanos están llevando adelante su proyectada escaramuza con el fin de acabar con la poca pólvora de que pueden disponer los españoles. ¡Estos han caído en la red!... ¡Dios mío!... ¡la acción se recrudece!... ¡Sí!... ¡los disparos se multiplican!... ¡Ah!... ¡Xo-

chitl me ha engañado!... ¡Me ha traído hasta aquí para que yo no pudiese avisar á Hernán Cortés! ¡Ah! ¡desgraciada! ¡me ha engañado! ¡pero yo me vengare! ¡Conmigo traigo el pedreñal con que me amenazó! ¡Para ella será la bala!

Y al decir esto se dispuso á escalar como le fuera posible los peñascos que había ayudado á saltar á Xochitl, cuando ésta y Gonzalo con su disfraz azteca aparecieron á su vista.

¡Ah! ¡quedaba todavía un maldito indio! ¡por mí que no será él quien mate un solo español! Y, diciendo y haciendo, el viejo soldado disparó su arma sobre el supuesto indio que vino á caer herido á los piés de su heridor, gritando,—¡padre mío! ¡me has matado!

Capítulo X

El último emperador

Acción de armas intentada por los conjurados del templo de Huitzolopochtli estuvo muy lejos de tomar las proporciones que pudiera haber adquirido.

Apenas en cumplimiento del plan acordado, los mexicanos significaron el disgusto con que veían á los texcocanos tomar parte en las obras de la ciudad, su cacique Ixtlixochitl, que era un inteligente príncipe y un esperto guerrero, cargó sobre sus enemigos con ímpetu tal que mató á muchos y desconcertó todos sus proyectos.

Entonces, por sugestión de Ixtaolzín, que vestía el traje ordinario de los obreros, sin llevar sobre sí distintivo alguno de su dignidad sacerdotal, hizo circular la voz de que Cuauhtemoc los había vendido, y les incitó á vengarse dándole muerte.

Cuauhtemoc, del cual jamás se apartaba Cortés, impresionaba con éste el progreso de las construcciones cuando envuelto se vió en la masa de los amotinados á

quienes Ixtlixochitl perseguía, sin que hasta entonces se hubiese el conquistador enterado de lo que pasando estaba.

Al verlos llegar en tropel y combatiendo, el jefe español les dió la orden de alto y como no la obedeciesen mandó hacer fuego, produciéndose tal tumulto, que los españoles se vieron por un instante totalmente envueltos y en desorden.

Hiriéronle el caballo á Cuauhtemoc, y de su real persona iban á apoderarse cuando Cortés y Xihualcoatl acudieron en su auxilio, y lograron ponerle en salvo.

Los principales conjurados, excepto el sacerdote Ixtaolzin, quedaron prisioneros y entre ellos el mismo Xihualcoatl, á quien Ixtlixochitl había visto e los primeros momentos á la cabeza de los amotinados.

No faltó quien informase á Cortés acerca del verdadero móvil del frustrado motín, y esta noticia fué causa de una de las más notables empresas concebidas y realizadas por el valor castellano.

Para la fabricación de la pólvora era indispensable adquirir azufre á toda costa.

Cortés envió á las provincias más próximas varios sujetos con la comisión de proporcionárselo, pero los mexicanos que conocían muy bien aquel mineral, maliciosamente se lo ocultaron (1).

Dudoso Cortés del partido que tomaría,—dice un historiador (2),—oportunamente le vino á la memoria que cuatro años antes, Ordaz había subido á la cima del volcán del Popocatepetl, que queda al Oriente doce leguas

(1) Herrera. *Décadas*.

(2) El P. Andrés Cavo.

de México y había percibido el hedor del azufre, y de esto coligió que de sus entrañas se podría sacar. Para este fin llamó á sí dos intrépidos soldados que nombraban Montaña y Mesa, á cuyo cuidado puso aquel negocio, y para hacer más pública esta empresa é inspirar á los mexicanos un alto concepto del arrojo de los españoles, hizo que les acompañaran cuatro mil indios. A la madrugada comenzaron á subir aquel alto monte y al anochecer aun no habían llegado á su cumbre, porque estando este volcán muy descollado y cubierto de nieve por las otras partes, solamente por el Sur fué accesible. Por allí, pasadas vistosas arboledas con grandes dificultades, afianzando con clavos las manos, poco á poco caminaban al término no sin gran peligro, pues que un soldado por un resbalón cayó ocho estados y á no haberse atajado entre los carámbanos duros como acero, se hubiera despeñado. A otros ménos animosos hubieran aterrado los continuos precipicios que hacían desvanecer las cabezas y el ruido que causaban las nieves derretidas; pero estos intrépidos soldados marcharon hasta que les comenzó á faltar la luz. Para reposar algún tanto de la fatiga del día y librarse del frío que les picaba formaron cuevas en que se guarecieron: pero el hedor del azufre que más y más se intensaba, y el humo que por los poros de la tierra salía, los obligaron á pasar la noche insomnes. Luego que rayó el alba siguieron su camino: llegados á la boca del volcán nació una disputa entre Montaña y Mesa, sobre quien había de ser el primero en bajar: la suerte dió la preferencia á Montaña, que, atado á una guindaleta y ceñido en un costal con las herramientas necesarias desguindóse catorce estados y sacó el costal casi lleno de fino azufre: esto repetido

por siete veces, le dió poco más de ocho arrobas. Otro español llamado Larios, en seis veces que bajó extrajo un quintal. Alegres los españoles, por camino ménos fragoso volvieron á Coyoacán. Entre tanto los mexicanos con estupor habían dado cuenta á Cortés del feliz suceso de este viaje: el conquistador, reconocido á tan revelante servicio, los salió á recibir y prometió premiar.

Otro historiador mexicano dice acerca del mismo suceso: «Es menester hacer justicia y confesar que tamaña gloria estaba reservada á los castellanos puestos en el duro conflicto de practicar esta operación, porque en ella les iba la vida, careciendo de pólvora en un país recién conquistado, poblado de enemigos que acechaban el momento de una justa venganza. En esta sazón puede decirse que lucharon á brazo partido con la ruda naturaleza y con la muerte. La imaginación se aturde al contemplarlos pendientes de unas cuerdas, reconociendo la boca del cráter sobre un abismo, expuestos á morir con las exhalaciones fétidas del azufre ó con una erupción repentina que podría hacerse, pues que en aquellos tiempos, aunque periódicamente, ardía el volcán, como decía Cortés á Carlos V en sus cartas, lo que motivó que mandase reconocer dicho volcán á Diego de Ordaz.

Paguemos pues, á fuer de hombres honrados, un justo tributo de admiración al valor castellano, como lo hicieron los indios, cuyo hecho les causó una impresión profunda».

Aquel acto de arrojo propio de aquellos tiempos semi-épicos, no sólo proveyó á Cortés de pólvora en abundancia, sino que acabó de afirmar la alta opinión que la mayoría de los naturales tenía de los españoles.

Los nobles guerreros, los infatigables sacerdotes que más ilustrados que el resto de sus conciudadanos, nada sobrenatural encontraban en la conquista, cuyo éxito debían los españoles á su alianza con los naturales, enemigos del absolutismo bárbaro y cruel de los reyes mexicanos, en vano pretendieron resucitar el amor patrio en sus pueblos aterrados.

El admirable genio político y organizador de Cortés completó la obra tan felizmente realizada por su invencible espada.

Buscando el modo de halagar á los mexicanos y conquistarse en lo posible sus voluntades, dió, si bien nominalmente, á Cuauhtemoc el gobierno de unos de los barrios de la ciudad, puso en libertad á los conjurados del motín del que fué jefe Xihualcoatl y á este mismo concedió mando y autoridad: acogió en la ciudad á cuantos mexicanos quisieron ser vecinos de ella, concediéndoles solares y privilegios: á un hijo de Moctezuma hizo superintendente de las obras y jefe de un barrio y á otros caciques distribuyó islas y calles para que, dividiéndolas entre los suyos, las gobernarán conforme á sus leyes, lo que fué tan plausible á aquella nación,—dice Gomara,—que en pocos años se edificaron hasta diez mil casas.

Activo, enérgico é incansable, no estaba aún levantada la nueva capital cuando determinó salir con trescientos españoles, cuarenta mil indios y ochenta caballos á conquistar la provincia de Pánuco, antes que en ella entrase Francisco de Garay, que había logrado de Carlos V le autorizase para hacer la guerra á sus naturales y constituirse en gobernador.

La campaña fué breve pero reñida y terminó como

como todas las de Cortés con la más completa victoria de sus armas.

A su regreso fué recibido en México con los honores debidos á un triunfador y estrenó su nuevo palacio en cuya construcción entraron, según los cronistas siete mil vigas de cedro, entre ellas una que media ciento veinte piés de largo y doce y medio de grueso, lo que dió materia á muchas murmuraciones.

Buscando que los soldados conquistadores tomasen arraigo y amor á la nueva tierra, dispuso que todos los hombres casados hicieran venir á México sus mujeres, suministrándoles los gastos. Hizo venir otras de España que casó con sujetos beneméritos y otorgó grandes privilegios y concedió grandes bienes al ilustre D. Leonel de Cervantes, quien llevó de las islas á la Nueva España siete hijas que Cortés dió en matrimonio á otros tantos de sus más distinguidos oficiales.

Otros grandes beneficios hizo Cortés al país, que un escritor enumera diciendo: de las islas de América transportó el ganado mayor y menor, las cañas dulces que el inmortal Colón había llevado de las Canarias, con otras plantas que nacen en aquellos climas calientes. De España las vides, morales, peras y manzanas. Prometió grandes premios á los maestros de varias artes, que alentados con ellos y con la fama de las riquezas de la tierra, los más aventajados de las islas y muchos de Europa con otros menestrales volaron á México. Entre tanto á precio muy subido había comprado Cortés en las islas cantidad de hierro, y, abastecido de cobre, que el país daba, hizo fundición de cañones; sesenta de hierro y treinta y cinco de cobre sirvieron de prueba de la pericia de los maestros. Abrió en ese tiempo el camino real hasta Veracruz,

y no descuidó acometer nuevas empresas enviando capitanes de su confianza á observar los confines de los reinos de México y Michoacan, que reconocieran la costa del mar del Sur hasta más allá de lo que se tenía noticia.

Los mexicanos no podían por menos de mirar con supersticioso temor á aquel hombre extraordinario que á todo atendía por sí mismo y proveía como un Dios á todo, y en todas partes hacía pesar su influjo y á todos lados acudía personalmente.

Contra él nada podían ni los mismos hombres de su raza temible y guerrera.

En medio de sus prolijas y fatigosas tareas recibió la noticia de haber arribado á Veracruz Cristóbal de Tapia, nombrado por el mismo emperador Carlos V gobernador de México, por influjo de Velázquez, que seguía siéndolo de Cuba y que acusaba á Cortés de haber abusado de su confianza, puesto que en nombre suyo debía haber tomado posesión de cualquiera conquista que lograrse.

Los ayuntamientos de Veracruz y México representaron á Tapia que al interés del país convenía que su conquistador continuase gobernándole y que no era tiempo de que su administración pasase todavía á otras manos.

Ese temor no dejaba de ser justo y racional, pues comprendiendo los mexicanos cuanto aquellas rivalidades podían favorecer á la reconquista de sus perdidos derechos, comenzaron á dar indicios de una próxima sublevación.

Stúpolo Tapia, á quien Cortés había prometido grandes riquezas y auxilios si, desistiendo de pasar á México iba á poblar la colonia de Medellín que en honor y memoria del lugar de su nacimiento en Extremadura había fundado, y quiso hacer valer su nombramiento de gobernador.

Pero no estaba aquél dispuesto á que su obra se maglrase por acatar órdenes de nadie y así fué que antes que las cosas pasaran á más, se apoderó de la persona de Tapia, le embarcó en un buque con rumbo á España castigó á los mexicanos alzados, y reprendió con energía á los españoles, que descontentos de él, habían esternado sus simpatías por Tapia y la conveniencia de obedecerle puesto que el emperador delegaba en él su suprema autoridad.

Viéndose burlados sus enemigos trataron de matarle, y el tesorero Alderete, el mismo que había sido causa principal del martirio de Cuauthemoc, se puso de nuevo á la cabeza de los conjurados que convinieron en darle de puñaladas á la hora de la misa ó en minar su alcoba con el fin de asesinarle, una vez que se hubiese entregado al sueño.

Un clérigo lo avisó así á Cortés, y descubiertos los conjurados ellos mismos impetraron la gracia del conquistador y se acogieron á su nunca desmentida magnanimidad.

Si en nuestros tiempos, cuyo carácter distintivo está en escarnecer y empequeñecer todo lo antiguo, como si las conquistas de hoy dejarán de ser resultado de la labor del pasado; si en nuestros tiempos, repetimos, la figura de Hernán Cortés es, mal que pese á sus calumniosos detractores, una admirable figura histórica, en aquellos días el conquistador debió parecer á la raza azteca un gigante y un Dios.

Suya fué exclusivamente toda aquella laboriosa obra que hizo del dilatado imperio mexicano la joya más preciosa de la rica corona de Castilla.

Sólo él no se espantó de la magnitud colosal de su em-

presa: que sus heroicos compañeros no participaban de su entusiasmo, lo demuestra el hecho de haberse visto Cortés en la precisión de cortarles la retirada echando á pique sus naves.

Obra suya fué la confederación de las naciones indígenas contra el monarca mexicano.

Mérito suyo, y no por cierto el menor, el haber tenido á raya el genio quisquilloso y rebelde de sus soldados españoles, que cuando no empleaban su tiempo en hacerse matar por los mexicanos, le dedicaban á conspirar contra su propio jefe.

De él pudo decirse como lo hace notar un historiador lo mismo que Plinio dijo de Trajano: el primero siempre en los combates y en el peligro, no se distinguió de sus soldados sino por el sufrimiento en los trabajos y por la valentía, en cuyas ambas cosas á todos aventajaba.

«Admirable conquista y muchas veces ilustre capitán, de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia!» (1).

El resultado fué el que podía esperarse.

El espíritu nacional de los mexicanos sucumbió al peso de la grandeza de su enemigo.

Cuanto intentó aquella pujante raza para reconquistar la patria que tan heroicamente había defendido, no logró éxito alguno.

Hernán Cortés era sin duda el Quetzalcóatl simbólico anunciado por la tradición.

Ya no había esperanza.

Los dioses habían decretado que Cuauthemoc fuese el último emperador.

(1) Solís.